

El auge de la nueva extrema derecha europea

Numerosos países europeos han sido testigos, desde principios de los años ochenta del pasado siglo, de la aparición de nuevos partidos de extrema derecha en el escenario político. Aunque diferentes entre sí, estos nuevos partidos políticos poseen en común el rechazo a los inmigrantes, considerados como los enemigos externos, y la crítica a los partidos políticos tradicionales, concebidos como los enemigos internos. En algunas ocasiones han llegado incluso a convertirse en la fuerza política más votada. Por ejemplo, la ultraderecha austriaca (el Partido de la Libertad) ganó la primera vuelta de las elecciones presidenciales en abril de 2016 con un apoyo del 35,3% de los votos (aunque, en mayo, perdió la segunda vuelta por un estrecho margen).

Pero este no es un caso aislado: la ultraderecha francesa (el Frente Nacional) ganó la primera vuelta de las elecciones regionales a finales de 2015 con un respaldo del 27,7% de los votos, y la ultraderecha del Reino Unido (el Partido de la Independencia del Reino Unido) obtuvo 23 diputados —más que ningún otro partido británico— y un 26,6% en el porcentaje de voto en los comicios europeos de 2014. Otros partidos como el Vlaams Belang de Bélgica, el Partido de la Libertad de Holanda, el Partido Popular de Dinamarca, la Unión Democrática de Centro de Suiza, los Partidos del Progreso de los países escandinavos, por poner tan solo algunos ejemplos más, han aumentado de manera vertiginosa sus apoyos durante las últimas décadas. No es de extrañar entonces que algunos analistas políticos anuncien que una nueva amenaza se cierne sobre Europa: el espectro de la nueva extrema derecha. Otros analistas

prefieren utilizar el término “contrarrevolución silenciosa” para referirse a dicho fenómeno político.

La cara de la nueva extrema derecha

Para comprender este fenómeno político es importante distinguir con claridad entre la extrema derecha tradicional y la nueva extrema derecha. La extrema derecha tradicional es esencialmente antidemocrática y no cree en el principio de la soberanía popular. Además, posee un fuerte vínculo con la tradición fascista y está prácticamente marginada del escenario político actual. Por el contrario, la nueva extrema derecha es nominalmente democrática y asume los valores de las democracias liberales, pero, sin embargo, afirma que solo los miembros del grupo étnico autóctono de una sociedad deben ser considerados miembros de pleno derecho de dicha sociedad. Por tanto, la amenaza de la nueva extrema derecha no radica en la supuesta eliminación de las instituciones y las libertades democráticas, sino en la posible adopción de propuestas discriminatorias y excluyentes de una parte de la población de la sociedad (claramente contrarias a las mismas raíces del proyecto integrador europeo).

En cualquier caso, la nueva extrema derecha está realizando un enorme esfuerzo por no ser confundida con la extrema derecha tradicional, lo que ha supuesto una mejora en la imagen y un mayor apoyo. Por ejemplo, Marine Le Pen, la presidenta del Frente Nacional (Francia), ordenó la expulsión de su partido de un militante por aparecer en una foto haciendo el saludo nazi, y declaró que “el Frente Nacional no admite en su seno este tipo de comportamientos inadmisibles que recogen una ideología repugnante”.

El núcleo ideológico de la nueva extrema derecha está constituido por dos pilares fundamentales: el nacionalismo y el populismo. Conviene subrayar, respecto al nacionalismo, que aunque todos los partidos de la nueva extrema derecha son nacionalistas, no todos los partidos nacionalistas son de la nueva extrema derecha. Por esta razón algunos analistas prefieren utilizar el término “nativismo” en vez “nacionalismo” para describir esta dimensión

ideológica primordial de estas formaciones políticas. El nativismo sostiene básicamente que los Estados deben ser habitados exclusivamente por miembros del grupo nativo, estableciendo una equivalencia entre el Estado y la nación. En Francia, por ejemplo, no cesa de repetir Marine Le Pen, la nación es el Estado, y el Estado es la República.

También conviene señalar que estamos ante una nueva forma de populismo. El populismo clásico ensalza a las "honestas" clases populares frente a la "corrupta" clase política, es decir, al hombre pequeño frente a los grandes hombres; sin embargo, el nuevo populismo apela tanto a las clases populares como a la comunidad nativa interclasista frente a los enemigos internos (los políticos) y los enemigos externos (los inmigrantes).

La voz de la nueva extrema derecha

El éxito electoral de la nueva extrema derecha se debe fundamentalmente en sus dos principales discursos políticos: el xenófobo, hostile con lo diferente y lo foráneo; y el populista, que toma partido a favor del pueblo y en contra de las élites.

En el discurso xenófobo se culpabiliza a los inmigrantes de los males que padece la sociedad y, por tanto, se defiende la necesidad de una política de exclusión de los inmigrantes. Además, en dicho discurso se ha eliminado completamente el concepto "raza", y se ha sustituido por el término "cultura" como forma de clasificación de los seres humanos. Es decir, se ha cambiado el "racismo biológico", desacreditado en la sociedad y cuestionado por la ciencia, por el "racismo cultural" aparentemente más inofensivo. Para este discurso, la cultura puede ser concebida ciertamente como un conjunto de valores, estilo de vida y costumbres, pero entendida de manera rígida y homogénea. Así pues, ya no se resalta la inferioridad de los inmigrantes, como en discursos de antaño, sino su exterioridad. No obstante, conviene dejar claro que el racismo no ha desaparecido del discurso xenófobo: se ha eclipsado el viejo racismo biológico, pero ha surgido un nuevo tipo racismo centrado en lo cultural.

Este discurso xenófobo se articula en torno a cuatro frentes. En primer lugar, se señala que el fenómeno migratorio supone una amenaza cultural para la sociedad de acogida. Se intenta justificar dicha idea afirmando que las distintas culturas son excluyentes entre sí y que su coexistencia tanto espacial como temporal lleva siempre a situaciones conflictivas. Este presupuesto comporta una visión del ser humano como un animal totalmente territorializado y con un fuerte instinto a formar grupos internamente homogéneos y hostiles hacia otros grupos. En segundo lugar, se afirma que la llegada de inmigrantes es fuente de multitud de problemas sociales como la degradación de los barrios de las grandes ciudades, la inseguridad ciudadana, el descenso en el rendimiento escolar de los alumnos de la cultura autóctona o las conductas antisociales de los jóvenes inmigrantes, entre otros muchos. En tercer lugar, se condena el supuesto coste que tiene para el Estado de bienestar el sobreuso y el uso fraudulento de los servicios públicos por parte de los inmigrantes. Además, se critica el posible trato de favor hacia los inmigrantes en detrimento de la población autóctona. Por último, se percibe que la llegada de población extranjera está relacionada con el desempleo existente y precarización del mercado laboral por la desleal competencia de los inmigrantes. Pero estos partidos no llegan a entender que es fácil demonizar a los refugiados porque muestran y ponen al descubierto nuestras inseguridades, así como nuestras responsabilidades de muchos de los problemas sociales que nos asolan.

Cabe decir, respecto al discurso populista, que expresa más una protesta que un programa. Dicho discurso no es una apuesta ideológica sobre cómo organizar social y políticamente la sociedad, sino un recurso para movilizar políticamente al electorado. Este discurso exalta la virtud del pueblo frente a la perversión de la élite (sobre todo política y cultural, pero no económica). Así pues, no es de extrañar que estos partidos se vean a sí mismos como los únicos que quieren dar la soberanía al pueblo y devolverle su protagonismo político.

A veces este doble discurso xenófobo y populista se particulariza en el rechazo al Islam como una religión totalitaria y a los refugiados musulmanes, así como en el desprecio por las instituciones políticas europeas. Un ejemplo paradigmático de lo

dicho anteriormente se puede observar en el discurso electoral del partido Unión Democrática de Centro (Suiza) que se convirtió en el gran triunfador de las elecciones federales celebradas a finales de 2015. La campaña estuvo completamente dominada por los temas relacionados con la llegada de los refugiados y las directrices de Europa. La consigna del partido fue la de acoger menos refugiados (causantes de muchos problemas sociales) y la de reducir el peso de Europa (representada por políticos extranjeros corruptos) en Suiza.

Los pies de la nueva extrema derecha

Hasta finales del siglo xx, el votante típico pertenecía a la clase media tradicional (pequeños empresarios, comerciantes y autónomos). Sin embargo, a partir del siglo xxi, se produce un viraje y tiene lugar una obrerización del electorado. Esto quiere decir que la nueva extrema derecha, desde hace dos décadas, no solo recibe apoyo de la clase media tradicional, sino también de amplios sectores de la clase trabajadora (trabajadores manuales, trabajadores de cuello blanco de categorías inferiores y desempleados).

Resulta curiosa la coincidencia en el voto entre la clase media tradicional y la clase trabajadora (la tienda y el taller) cuando tradicionalmente han mantenido posturas enfrentadas respecto a sus propuestas de políticas económicas. Mientras la clase trabajadora ha defendido un Estado fuerte que regule el mercado de trabajo y que mantenga sus políticas de bienestar, la clase media tradicional propugna un Estado con una mínima intervención en asuntos económicos.

El éxito electoral de la nueva extrema derecha radica en su capacidad para atraer de manera simultánea a estos dos grupos sociales históricamente enfrentados. Se apela a los problemas sociales que supuestamente causan los inmigrantes para captar los miedos económicos de la clase trabajadora y se invoca la ley y el orden para combatir el fenómeno migratorio para atraer los deseos de la clase media tradicional.

Tanto los individuos de la clase trabajadora como los de la clase media tradicional con posiciones fuertemente marcadas en materia de política económica no suelen votar a estos nuevos partidos. Sin embargo, los individuos de ambos grupos que no son ni de izquierdas ni de derechas, con posturas menos marcadas, pueden votar a dichas formaciones.

Por último, cabe destacar de manera breve que estos nuevos partidos políticos atraen más a hombres que mujeres. Obtienen mejores resultados, respecto a la edad, entre los jóvenes que entre los mayores. Y en cuanto al nivel educativo, entre los votantes de la nueva extrema derecha predominan más individuos con educación básica que universitarios. Así pues, el perfil del votante medio de la nueva derecha es el de un hombre joven con educación básica.

El éxito de la nueva extrema derecha

Muchas teorías se han barajado para tratar de explicar este nuevo fenómeno político. Mientras unas explicaciones señalan diversos procesos sociales y culturales que han cambiado las preferencias de los individuos haciéndolos más proclives al discurso de la nueva extrema derecha como clave del éxito electoral, otras explicaciones ponen el acento en las propias características de los nuevos partidos para dar cuenta de dicho éxito.

No es difícil entender que fenómenos sociales como la enorme crisis de los refugiados, la profunda crisis económica, el inestable crecimiento económico, la globalización, la progresiva desilusión con la Unión Europea y la creciente pertinencia de las cuestiones culturales (ecología, género, inmigración, etc.) en el debate político han permitido que la nueva extrema derecha consiga un mayor respaldo electoral. Sin duda, los individuos que experimentan una creciente vulnerabilidad económica (aquellos que todavía pueden perder algo) debido a la crisis económica y al inestable crecimiento económico pueden sentirse atraídos por estos nuevos partidos políticos.

Asimismo, la globalización del mercado de trabajo, con su énfasis en la formación continua para adaptarse a las necesidades de dicho mercado, lleva a la desprotección de los trabajadores manuales poco cualificados que pueden ver en las propuestas de estas formaciones una salida a sus problemas. De igual manera, algunas investigaciones ponen de relieve que la mayor parte de quienes declaran no llegar a final de mes y señalan su desinterés por la política (especialmente europea) puede encontrar acomodo en un discurso antisistema que apela a la nostalgia de la comunidad nacional y del bienestar económico perdido. Así pues, los perdedores de la modernidad avanzada (los inadaptados en el mercado laboral global) constituyen la base electoral de la nueva extrema derecha.

Además, mientras el debate público sobre la redistribución de la riqueza ha perdido relevancia en la sociedad, las cuestiones culturales (inmigración, ecologismo, feminismo, derechos de los animales, eutanasia, etc.) han adquirido un creciente protagonismo entre los electores. Con otras palabras, el eje económico izquierda-derecha ha perdido centralidad frente al eje de valores izquierda-derecha en la sociedad europea. No es de extrañar entonces que la actual crisis de los refugiados y otras cuestiones relativas a valores hayan espoleado el debate sobre temas culturales y hayan favorecido el crecimiento de la nueva extrema derecha.

Sin embargo, como señalan diversos autores, todos estos fenómenos sociales son condición necesaria, pero insuficiente para explicar el éxito electoral de la nueva extrema derecha. De hecho, existen algunos países europeos donde tienen lugar dichos fenómenos y no han experimentado el ascenso de estos nuevos partidos. La capacidad de estas formaciones para beneficiarse electoralmente de estos fenómenos sociales es clave para entender su éxito. Sin duda, la capacidad de presentar sus propuestas sin ser confundida con la extrema derecha tradicional haciendo pasar su discurso xenófobo y populista como algo razonable e inofensivo para la sociedad quizás sea esencial para entender dicho éxito. Con otras palabras, el éxito está vinculado a la adquisición de legitimidad ante el electorado, y dicha legitimidad dependerá de

la modulación del discurso y la imagen moderna que proyecten el partido y sus líderes.

Una pregunta conclusiva

En este editorial nos hemos centrado en el fenómeno de la nueva extrema derecha europea, dejando a un lado fenómenos que presentan puntos de conexión, como el de Donald Trump en Estados Unidos. Tampoco hemos analizado lo que podríamos llamar la "excepción ibérica" (España y Portugal), toda vez que en Grecia *Amanecer Dorado* es extrema derecha, pero no nueva. Queda, pues, la pregunta: ¿hasta qué punto *Spain is different* también en este aspecto? Y, sobre todo, ¿qué lecciones podemos aprender para prevenir el ascenso de fuerzas políticas xenófobas y populistas? Cuestión que, probablemente, debamos abordar en estas mismas páginas en un futuro no muy lejano. ■